

LA PIEDRA DE HOMERO

Hacia 1959 actuó en la ciudad de La Plata una fugaz "Sociedad de Estudios Clásicos" constituida por un grupo de amigos universitarios que amaban profundamente la cultura helénica. Surgida de un impulso común, su vivacidad logró una actividad intensa, y así se sucedieron conferencias, cursillos, exposiciones, charlas ilustrativas en establecimientos secundarios y entidades de bien público, y numerosas audiciones por la onda universitaria de L.R.11. Sin estatutos ni comisión directiva, el entusiasmo solucionó dificultades y así fue dado poner en práctica casi todos sus proyectos y aun superar los márgenes de vida útil que suelen tener estas agrupaciones en nuestro medio, en el que naufragan las más y duran las menos...

Años después de todo ello los integrantes de aquella entidad separaron sus destinos, emigrando a otros puntos del país o del extranjero. En la lejanía sólo quedaba el recuerdo feliz de una labor compartida y de las muchas tareas realizadas con amor, junto a la memoria de una camaradería universitaria que una vez —al menos— se había dado con plenitud.

Uno de los proyectos, empero, nos demoró algo más la fuga inevitable del tiem-

po. Al cabo de una serie de charlas irradiadas por la transmisora radiofónica de la Universidad sobre temas homéricos y en las que tratamos la figura del poeta junto a la biografía de los arqueólogos Heinrich Schliemann y Arthur Evans, surgió la idea de traer a nuestra ciudad un fragmento de la famosa "Piedra de Homero" e incorporarla al acervo cultural que custodia la Universidad.

El proyecto fue compartido, como todos, y se planeó la forma de lograr el objeto y la manera de hacerle llegar a nuestra patria. Muchas posibilidades se discutieron, y otras tantas se descartaron por impracticables. Un primer contacto con la "Sociedad de Estudios Homéricos" de Quíos nos alentó, pues de allá recibimos una respuesta cordial que nos probó, una vez más, el afecto que nuestra tierra suscita en el extranjero. Ello redobló nuestros esfuerzos, y aunque la entidad veía diezmado su número por los sucesivos alejamientos persistimos en aquel anhelo, procurando darle feliz término.

Mas, antes de concluir su historia, debemos evocar el marco geográfico e histórico que rodea a esta mítica "Piedra de Homero".

Al Este de Grecia se hallan las tres islas mayores de Samos, Lesbos y Quíos.

La primera es célebre por su fertilidad, la segunda por ser la tierra de Safo, la poetisa, (s. VII-VI a. J.C.), y la tercera por ser la cuna de Homero, (s. IX-VII a. J.C.), y el lugar donde éste enseñó a cantar sus rapsodias y, ya anciano, murió. Según la tradición, en Quíos pasó Homero gran parte de su vejez y reunió en torno suyo a un reducido grupo de discípulos, los "homéridas", a quienes enseñaba el canto y la interpretación de sus versos. Se ha supuesto, también, que impartía otro tipo de enseñanza, de carácter esotérico, pero esto no ha pasado de ser una tesis sustentada por unos pocos teóricos amantes del misterio.

El poeta de la *Iliada* y la *Odisea* reunía a sus oyentes en un círculo despejado en la cúspide de una colina, en cuyo centro se alzaba una piedra toscamente cilíndrica, en la que éste tomaba asiento, agrupándose los alumnos en otras de menor tamaño y que rodeaban a la anterior. Cátedra y estudiantes quedaban así formados en hermosa aula a cielo abierto, y en su torno sombreaban cipreses, álamos y olivos típicos de la isla. Por cúpula el firmamento azul y las blancas nubes, y por música la del "ponto vinoso", el Egeo de verdes aguas que murmuraba incansable su eternidad.

Allí en la isla de Quíos, el poeta pasó los últimos años de su fecunda vida, y reposó de sus largos viajes. Y allí murió, sepultándole sus discípulos en el mayor secreto. Jamás se halló su tumba, y se ignora dónde descansan sus restos. Pero él vive en la inmortalidad de su poesía.

Aquella "Sociedad de Estudios Clásicos" de que hablábamos más arriba se disgregó lentamente, pero la llegada de otros amigos de la cultura helénica posibilitó la aparición de otra, la "Sociedad de Amigos de Grecia", formada por los poetas Andrés Homero Atanasiú, Horacio Castillo y Horacio Préler; los periodistas Juan José Therry y Rodolfo Schelotto Sergio, el Dr. Miguel Angel Iribarne, el pintor Enrique Gonino, la profesora María

Elida Rebagliati de Machado, el secretario de prensa de la Embajada de Grecia, señor Constantino Courouniotis, y quien estas líneas escribe. La actividad volvió a renacer, y actos y audiciones comenzaron otra vez, junto a una actividad periodística creciente, destinado todo ello a difundir un mayor interés por la herencia cultural helénica.

Y fue este grupo el que alentó y solucionó las últimas dificultades en torno al proyecto de la "Piedra de Homero". En ocasión de un viaje a Grecia, el señor Courouniotis, nacido precisamente en Quíos, llegó hasta la isla y concluyó con éxito las gestiones iniciadas desde esta ciudad, hallando en la isla la decidida y afectuosa colaboración del presidente de la "Sociedad de Estudios Homéricos", entidad encargada de velar y cuidar el lugar que se conoce como "Discalopetra" o "Piedra del Maestro".

En compañía del presidente y de otros integrantes de la comisión directiva se trasladó a ese sitio y de él fue extraído un fragmento, que se depositó en una urna de cristal. Con el mismo viajó luego hasta Atenas y de allí a nuestra patria y, posteriormente, a La Plata. El largo periplo —en distancias y siglos— había concluido.

El día 25 de noviembre de 1971, en un sencillo acto en el que estuvieron presentes profesores, poetas y escritores y la "Sociedad de Amigos de Grecia" en pleno, la urna fue entregada en custodia a las autoridades de la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, en el hermoso edificio de la Plaza Rocha, recibéndola la vicedirectora del establecimiento, señorita Nelly Barbier. Hicieron uso de la palabra en esta oportunidad el señor Constantino Courouniotis, por la Embajada de Grecia, y quien esto relata, haciendo entrega formal de la urna y sus correspondientes cartas de autenticidad. Y como simpática nota final habló el pequeño Claudio María Domínguez, quien, cuando tenía diez años,

LA PIEDRA DE HOMERO

en 1970, alcanzó notoriedad al responder con singular y llamativa erudición, en un programa televisivo, sobre cultura griega y muy especialmente acerca de los poemas homéricos.

Concluía así un viejo sueño de un grupo de universitarios —y particularmente propio —consustanciados con el quehacer cultural de nuestra casa de altos estudios. Se cerraba otro capítulo de la “Sociedad de Amigos de Grecia” y La Plata atesoraba, desde ese instante, el

único fragmento de la “Piedra de Homero” que se halla lejos de la isla de Quiós. Y los que aman la cultura inagotable de Grecia sentirán, al pasar, cerca de la urna donde aquel trozo de la “discalopetra” reposa para siempre, en el ámbito de la Biblioteca, la memoria del murmullo eterno del Egeo, el susurro del viento entre los árboles, y la voz del poeta entonando, quedamente, los versos de su poema inmortal...